

ANTONIO: “EL SOSIEGO”

Conocí a Antonio en una época de estudios de Bachillerato en la que solamente representaba para mí el hijo de D. Ángel, el director del Instituto.

No coincidimos en el Instituto porque yo me trasladé a estudiar a los Maristas ya que mi padre decidió que había que poner un poco de orden en mi vida.

Durante los estudios universitarios éramos vecinos de edificio, en el Palacio de Anaya. Antonio asistía a clase en el piso superior, donde estaban los de Letras, y yo en el inferior donde estábamos los de Ciencias, que por aquel entonces éramos únicamente los químicos. Nos veíamos por el patio o por la calle y nuestro saludo era simplemente un adiós protocolario de personas que se conocen de vista en una ciudad pequeña.

Más tarde mi hermana llegó a ser Catedrática de Instituto de Griego y se había formado en la misma escuela que Antonio, es decir, con el Profesor Ruipérez. Con este motivo nos saludábamos cordialmente aunque yo para Antonio solamente era “el hermano de Clementina”.

Pasaron años, Antonio estuvo fuera de Salamanca, los químicos nos trasladamos a la nueva Facultad abandonando el Palacio de Anaya y mis encuentros con Antonio se hicieron muy esporádicos. Pero por estas vueltas en el transcurrir de la vida, que a veces nos depara hechos muy afortunados, pues hace unos años, y a través de mi gran amigo Miguel Ángel Galán, tuve la inmensa suerte de pasar de ser conocido de Antonio a ser su amigo. Tuvimos ocasión de conocernos y de hablar durante largo tiempo. Para alguien torpe en la palabra, como yo, escuchar a Antonio era una delicia. Yo me que-

daba absorto de su manejo de la palabra y del encaje de oraciones que era capaz de elaborar con ella.

Lo recordaré siempre ameno, amable, animado y gran amigo. Fue uno de esos señores que tan poco se prodigan en la Universidad actual.

Con ocasión de un viaje juntos tuve tiempo de compartir momentos inolvidables y pude comprobar su manejo de las lenguas cuando fue capaz de dirigirse a un conductor de autobús en ruso.

Me considero afortunado porque tuve ocasión de disfrutar de la amistad y el cariño de Antonio.

Solamente digo que Antonio no se ha marchado, que dejó en todos sus amigos un recuerdo que nos acompañará siempre y que hará que permanezcamos junto a Maíta, a la que el tanto amó.

Antonio, querido, gracias por tu bondad, gracias por tu amistad, te recordaremos siempre y cuando nos sentemos en aquel restaurante en Galicia, desde donde se divisan las Islas Cies y que tanto te gustaba, sentiremos que estás con nosotros y que transmites ese sosiego que se respiraba a tu lado.

Porque Antonio era capaz de infundir un sentimiento de paz y sosiego porque era un hombre esencialmente BUENO, sí, bueno con mayúsculas y con su bondad y su sabiduría supo meterse en nuestros corazones.

Julio González Urones